

CARMEN SORIA, *Letras Anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*. Editorial Planeta. Santiago 2005. 270 págs.

Carmen Soria González-Vera, nieta de José Santos ha realizado lo que la generación subsiguiente hace o tiene que hacer, recuperar la memoria de sus abuelos. Dicen los que saben, que los genes reaparecen fuertemente en los nietos y no en los hijos. De ambos autores leí algunas de sus obras cuando estudiaba en Santiago en el Instituto Pedagógico Técnico y nuestro profesor Mario Osses nos exigía la lectura de Manuel Rojas, Nicomedes Guzmán y José Santos González Vera a quien admiraba, pues nos insistía que corregir era más importante que escribir y debíamos aprender de José Santos, quien en las re-ediciones anotaba “Corregida y disminuida.”

El libro en cuestión contiene varias peculiaridades. La portada, las manos fuertes y curtidas de un obrero descansando en su pala, pertenece a Tina Modotti, como se acredita en la edición. Y esto es otra historia en sí. Tina (1896-1942), fotógrafa que utilizó la cámara como documento y arma política, a fuer de artista del cine mudo, amiga de Diego Rivera y Frida Kahlo, compañera de Julio Mella (1903-1929) uno de los fundadores del partido comunista cubano, tuvo una vida que ya es una leyenda. Dos personalidades del mundo intelectual facilitan su pluma (¿o computadora?) para redactar la presentación, nada menos que Armando Uribe Arce quien golpea fuerte y camina con la frente en alto en sus planteamientos. Luego el prólogo del historiador Óscar Ortiz cuya síntesis recrea a grandes trazos la trayectoria del movimiento obrero desde las salitreras a las luchas en Valparaíso y Santiago. Una acotación al margen: fue en Iquique donde el lancharo Abdón Díaz y su gente fundan el 21 de enero de 1900 la Combinación Mancomunal de Obreros con afiliados del puerto y las salitreras del Norte. Ortiz nos recuerda una vez más a la “Generación del Centenario” representada por Enrique Mac-Iver, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Francisco Encina y Luis Emilio Recabarren, quienes entregaron su percepción de “la crisis nacional asociada a la oligarquía parlamentaria, ligada al salitre” (12).

La otra característica notable es que la compiladora Carmen Soria no musita palabra alguna en su libro, sólo presenta el resultado de su investigación, de su búsqueda afanosa en periódicos y revistas de la época. Gracias a ese infame “Internet” podemos conocer la intra-historia del libro en la entrevista realizada por “La Fogata Digital” y conocer sus planteamientos sobre la edición.

Refiriéndose a su abuelo comenta, “Yo siempre supe que él era anarco, pero no tenía conocimiento de estos escritos. No conocía ese ser político en su más pura esencia. Hay publicaciones de ellos en “La Batalla” o “Verba Roja” a los 16 ó 17 años. Y eso es muy fuerte, en términos de claridad social que ellos tenían a tan corta edad. También me asombró el conocimiento que tenían de todo lo que sucedía, tanto en Chile como en el exterior.”

Este asombro generacional es la tónica que mejor describe las crónicas y comentarios de ambos escritores, pero a la vez nos certifica la preocupación social de los trabajadores de aquella época, cuyo mejor representante, pero no el único, sea Luis Emilio Recabarren. Digo no el único, pues los líderes del movimiento laboral en Chile fueron hombres y mujeres con inquietudes culturales y sociales, a tal extremo que los estudiantes se acercan y unen al movimiento, destacando entre ellos Lautaro Ponce de la Escuela de Medicina y compañeros de ruta que fundan el “Grupo Libertario” llamado después “La Revuelta.” Esta fusión de obreros e intelectuales es la que vivieron Manuel Rojas y José Santos González Vera. En Iquique se dio con los profesores primarios, apoyando la labor cultural de los trabajadores. La reciprocidad e intercambio de ideas y visión de futuro se reflejan muy bien en las crónicas y comentarios de ambos autores. La pluma fuerte y maciza de Rojas, la observación sutil y profunda de José Santos se entrecruzan en la observación de lo que ocurre a su alrededor y más allá de las estrechas fronteras del Chile de comienzos del siglo pasado. La inmediatez de los sucesos que provoca la imaginación, preocupación o ira de los cronistas, es un incentivo que no se debe dejar de lado. Son setenta y cuatro escritos en total, con 76% seleccionados de la pluma de José Santos González Vera y 24% de Manuel Rojas, escogidos de publicaciones en periódicos y revistas como “La Batalla” (1912-1916) donde colaboraban además José Domingo Gómez Rojas y Armando Treviño; “Verba Roja” (1918-1927) en Valparaíso y cuyo redactor era Julio Rebosio; “Numen”, “Claridad” y “Babel”, revistas de reconocida trayectoria, “Babel” (1940-1952) a la que se refiere Armando Uribe y “Claridad” (1920-1932) la renombrada publicación de la Federación de Estudiantes de Chile.

Cada lector selecciona sus preferencias. Yo me quedo con las que me brindan información o resonancias aplicables a situaciones actuales. De Manuel Rojas, “Primavera” escrito en 1919, la fiesta celebrada por los estudiantes universitarios por las calles de Santiago lo lleva a preguntarse “Los jóvenes de hoy serán los hombres de mañana. Y mañana, ¿serán tan puros y fuertes como hoy? ¡Quién sabe!” (32). Su preocupación es si permanecerán

fieles a los ideales que sustentan en su juventud. Suyo es también “Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas,” que me trae a la memoria a los lancheros anarquistas de Iquique, cuando fundan el grupo teatral en el Ateneo Obrero en 1932, y honran con el nombre del joven anarco a la entidad artística. Cuando conoce a “Chumingo,” dice “Nos hicimos amigos. Debió tener, por ese tiempo, dieciséis años; yo era poco mayor: tenía diecisiete” (181). Me imagino a Rojas con una sonrisa en los labios al redactar ese comentario.

Un hecho contemporáneo que sacude a José Santos González Vera es “La masacre de los obreros de la pampa salitrera” –San Gregorio.- Utiliza el espacio brindado por “Claridad” para referirse detalladamente a los hechos acaecidos en el cantón de Aguas Blancas. Finaliza con estas líneas: “Pero nosotros os decimos, trabajadores de Chile, que en esa pampa, bajo ese sol que ha caído sobre las espaldas robustas, como un castigo, ya hay hombres que han aprendido a tener ensueños rudos” (44). Del mismo José Santos me quedo con su semblanza “Luis Emilio Recabarren,” un retrato hablado de cuerpo entero, tanto físico como espiritual. Presencia su entierro y recuerda: “Los trabajadores permanecían inmóviles, tomados de las manos. Eran dos interminables cadenas. Nacían en calle Bascuñán, en donde se veló a Recabarren; se extendían por Alameda; entraban por Ahumada; pasaban el Mapocho y llegaban hasta la plazuela del cementerio” (262). Su “Perfil del pije santiaguino” escrita en pleno 1932, período de revueltas, revoluciones y asaltos nos deja el sabor amargo de la prepotencia del entonces “pije chilensis” que más tarde vestirá uniforme para su vandalismo institucionalizado. Cito: “Otra epopeya del pije santiaguino es el asalto a la Federación de Estudiantes: allí rompieron muebles, estatuas, libros, y en las propias barbas del poeta Meza Fuentes, que los apostrofó con un ‘sean patriotas, pero no ladrones’, se guardaban figurillas de mármol, estatuillas de Dante y Voltaire, ceniceros de bronce y otras pequeñas chucherías” (136). Pero hay mucho más que comentar de cada uno de los escritos que nos entrega Carmen Soria. En una próxima edición debiera incluirse un índice que facilite la primera selección de lectura y la ubicación posterior cuando se quiera releer uno de los artículos. En todo caso, el viaje a nuestro pasado a través de dos grandes maestros de la literatura nacional es un placer que el lector disfrutará plenamente con estas *Letras Anarquistas*.

Pedro Bravo-Elizondo
Wichita University